

Martin Künne

ARTE RUPESTRE DE COSTA RICA

1. Introducción

El arte rupestre de Costa Rica comprende principalmente rocas grabadas que se encuentran en todas las partes del país. Por el contrario, pinturas y grabados pintados se han reportado solo de sitios singulares de la zona Pacífico Norte. La mayoría de motivos rupestres muestra formas abstractas que consisten en líneas, círculos y espirales. Representaciones estilizadas o realistas son mucho más escasas. Los lugares con arte rupestre están en todos los niveles de altitud. Se concentran en zonas no habitadas, en cuencas fluviales y caminos de tránsito, en lugares excepcionales y dentro de estructuras arqueológicas. Asociaciones directas con materiales arqueológicos se reportan solo raras veces lo cual provoca una gran inseguridad referente a su utilización y fechamiento. En muy pocos casos se ha hecho una relación iconográfica entre las representaciones rupestres y la decoración de objetos arqueológicos. Este artículo considera la situación natural, la asociación arqueológica y los sistemas iconográficos del arte rupestre costarricense. Resume el estado de la investigación y la historia de enfoques interpretativos. Por causa de la escasez de investigaciones sistemáticas, este aporte no es más que una introducción al tema. El autor trata de mostrar las lagunas en la investigación del arte rupestre costarricense y espera poder estimular trabajos futuros.

2. Zonas naturales, regiones arqueológicas y sitios con arte rupestre

Costa Rica abarca la región desde el Lago de Nicaragua (Lago Cocibolca) hasta la península Burica. Comprende, a pesar de su pequeña extensión territorial (51.200 km²), una gran variedad de zonas naturales. La Cordillera de Guanacaste-Tilarán, la Cordillera Central y la Cordillera de Talamanca forman la columna central del noroeste al sureste del país. Sus cumbres más altas alcanzan hasta 3.819 m.s.n.m. y hacen posible una vista simultánea al Océano Pacífico y al Mar Caribe. Las regiones atlánticas consisten en extensas llanuras mientras que el lado pacífico tiene solo una estrecha franja costera. Comprende una multitud de bocas, bahías, islas y penínsulas (Janzen 1983). Los diferentes paisajes ofrecen varias zonas ecológicas: bosques húmedos tropicales de las tierras bajas, bosques húmedos de las montañas y bosques con neblina de las planicies altas. Cada región natural exige diferentes estrategias de adaptación que pueden producir distintas culturas y muestras sociales.

Desde una perspectiva arqueológica, Costa Rica representa una región de contacto entre diferentes tradiciones culturales y sociales. Se puede reconocer tres grandes

períodos temporales: el Precerámico (10.000 -2000 a.C.), el Formativo Temprano (2000 a.C.-700 d.C.) y el Formativo Tardío (700-1550 d.C.). Se vincula el Precerámico con grupos de cazadores, recolectores y pescadores. De los períodos formativos se sabe también sobre sociedades agricultoras. Según sus rasgos geográficos y arqueológicos se divide el territorio costarricense en 12 zonas arqueológicas. Forman tres grandes espacios culturales: la región Gran Nicoya (Pacífico Norte, Cordillera de Guanacaste-Tilarán), la Cordillera Central con la Vertiente Atlántica y la región Gran Chiriquí (Pacífico Sur, Cordillera de Talamanca). Se vincula la mayor parte del país con influencias sudamericanas; sin embargo, en la región de Gran Nicoya aparecieron también tradiciones mesoamericanas con el arribo de los chorotegas alrededor 800 d.C. A pesar de que se limitan las investigaciones arqueológicas a un 60% del territorio costarricense, se conocen lugares de arte rupestre en todas las regiones geográficas (Fig. 78). El banco de datos del Museo Nacional de Costa Rica describe 2383 sitios arqueológicos de los cuales 171 (7%) tienen grabados o pinturas rupestres: 3 sitios se encuentran en la zona costera, 27 en las llanuras, 139 en las serranías y 2 en las planicies del páramo (Vázquez et al. 1998).

3. Grabados rupestres

3.1 Zona costera

Cristóbal Colón menciona en el informe de su cuarto viaje (1502-04) una numerosa población indígena de la costa atlántica, sin embargo no se conoce arte rupestre de esta región. También la costa pacífica carece de concentraciones de arte rupestre: un sitio se conoce de la Bahía de Salinas (Pacífico Norte), otro se encuentra cerca de Dominical (Pacífico Sur) y un tercer sitio está situado en la Isla del Caño (Pacífico Sur). Todos los sitios costeros tienen grabados geométricos con formas curvilíneas. Del sitio Conventillos (Bahía de Salinas), se sabe también sobre grabados antropomorfos que estaban asociados con montículos y estatuas de piedra (Alfaro 1896: 14; Lothrop 1926: 432, fig. 286). Aunque se documentaron también en Nacascolo (Bahía de Culebra) y en Costa Purruja (Golfo Dulce) objetos monumentales del arte plástico (D. Stone 1968: 27; Hoopes 1994: 6), sorprende que no se haya informado sobre arte rupestre en la península de Nicoya ni en la península de Osa. Mientras que se puede adscribir su falta en la península de Osa a la escasez de investigaciones arqueológicas, no se entiende bien la situación en la península de Nicoya, la cual representa la región arqueológica mejor conocida del país.

3.2 Llanuras del Caribe y del Pacífico

El arte rupestre atlántico registrado se concentra en la Llanura de Sta. Clara: piedras

grabadas se encuentran cerca de Guápiles, en Las Mercedes, en Williamsburg y en Florida (Hammett 1968: 191; Hartman 1901: 41, Pl. 15, figs. 2-3; Lothrop 1926: 442; D. Stone 1958: 15 ss.). En una roca del sitio Las Mercedes (L-288LM-A-E y L-296LM-K-L-M) se documentó un alto relieve que muestra una figura femenina con brazos elevados, piernas encogidas y características sexuales acentuadas, las cuales sugieren un culto de fecundidad (Meléndez Chaverri 1962: 37; D. Stone 1977: 188, fig. 256). Otros grabados rupestres estaban asociados con basureros, estructuras arquitectónicas y funerarias las cuales datan 1500 a.C.-1550 d.C. De la Estación Colombiana cerca de Williamsburg se reportan dos cantos grabados con líneas y caras redondas (Hartman 1901: 41, Pl. 15, figs. 2-3). La ocupación principal del sitio corresponde al tiempo entre 800 y 1550 d.C. (Vázquez et al. 1998).

De toda la zona vecina del Lago de Nicaragua y del Río San Juan (Atlántico Norte) solo se conocen tres sitios: Sta. Rosa, Colonia Blanca y San Rafael de Guatuso. Los grabados de Colonia Blanca (A-95CB) datan del periodo 300-800 d.C. (Vázquez et al. 1998). Respecto a los llanos del Pacífico, existen informes sobre arte rupestre exclusivamente de las llanuras de Guanacaste (Lothrop 1926: 96, 286, 432; Hammett 1968: 7-12, 36-58, 163-178; Meighan 1995). En un sitio no denominado de la cuenca del Río Tempisque se documentó motivos fálicos en alto relieve (D. Stone 1968: 27). En el sitio La Española (G-514LE) se encuentran en los acantilados del Río Colorado 5 paneles con motivos grabados. Están situados a 7 m sobre el nivel del río y constan de muchas figuras con atributos rectilíneos o doblados (serpientes, aves, máscaras triangulares). En base a hallazgos de cerámica, se vincula la zona con el periodo 500 a.C.-300 d.C. (Vázquez et al. 1998). El único sitio registrado fuera de las llanuras de Guanacaste está situado en el cantón Puntarenas.

Considerando las vastas zonas pantanosas de las llanuras costeras se puede suponer que el pequeño número de lugares con arte rupestre corresponde a una baja intensidad de la población precolombina. Sin embargo se sabe que importantes centros culturales se desarrollaron también en paisajes desfavorables como el delta del Río Diquís.

3.3 Cordilleras

Casi cuatro quintos de los sitios con arte rupestre están situados en zonas montañosas entre 600 m y 1500 m.s.n.m. Las regiones mejor documentadas comprenden la Cordillera de Guanacaste (sitio Pedregal), el cuadrángulo Tucurrique (sitios Guayabo, Juan Viñas), el Valle Central (sitios Tres Ríos, Alajuelita) y el Valle de Cartago (sitios Aguacaliente, Cachí).

De la Cordillera de Guanacaste se reportan grabados rupestres de los volcanes Orosí (Chaves Jiménez 1989; Hardy y Vázquez 1993), Rincón de la Vieja (Lothrop 1926: 425), Miravalles y Tenorio (Norr 1978, 1980). El sitio Pedregal (G-540Pd) está situado al noreste del volcán Orosí y comprende aproximadamente 500 grandes rocas grabadas. Los motivos de las 90 piedras documentadas cubren sus lados

superiores o los costados. Muestran extensas composiciones geométricas de formas rectilíneas, grandes figuras zoomorfas (aligadores, serpientes, mamíferos) o motivos antropomorfos con cuerpo completo (Figs. 79a,b). Una figura antropomorfa está invertida, lo cual solo se conoce de otra roca de San Pedro de Zeledón (Pacífico Sur). El sitio Pedregal está asociado con un cementerio que se data de 500 a.C.-800 d.C. (Hardy y Vázquez 1993; Vázquez et al. 1998). Por el contrario, en las faldas de los volcanes Tenorio y Miravalles predominan aisladas formas geométricas. Comprenden espirales, puntos o cruces concéntricas. Solo raras veces aparecen representaciones figurativas. Muestran máscaras estilizadas, cabezas con “cuernos” o arañas. Los grabados están asociados a tres zonas funerarias (Río Naranjo, Méndez, Ramírez), las cuales datan de 375 a.C.-500 d.C. (Norr 1979, 1980). Los únicos grabados subterráneos reportados de toda Costa Rica son los de una cueva en el Río Colorado (hacienda El Guayacanal) (Ferraz 1898: 17).

Los sitios rupestres de la Cordillera Central se encuentran principalmente dentro del sistema fluvial del Río Reventazón. Solamente en la región Tucurrique se conocen ya 38 concentraciones mayores (Fig. 80). Están distribuidas en diferentes altitudes (Kennedy 1969: 87-90). La mayor parte de estos sitios se encuentra entre las ciudades de Turrialba y Peralta, en la parte occidental del valle. Del sitio Guayabo de Turrialba (UCR-43), que representa un centro precolombino con arquitectura monumental, se conocen 62 grabados. Muestran principalmente formas curvilíneas (Instituto Nacional de Biodiversidad 1998). Las escasas figuras zoomorfas se encuentran en cantos fuera de la zona central. La piedra más conocida muestra un jaguar y un lagarto en alto relieve los cuales se tocan con sus cabezas y una pata. El reptil aparece visto de arriba, el gato depredador en perspectiva falsa. No hay motivos antropomorfos. Representaciones geométricas que corresponden según su composición, tema, grado de abstracción, técnicas de manufactura, grado de elaboración y tamaño a los grabados de Guayabo existen también en otros sitios del valle del Río Reventazón. Mientras que casi todas las formas geométricas aparecen en piedras pequeñas y mediana, los motivos figurativos solo existen en rocas grandes (Fonseca y Acuña 1982: 244). Aunque se han reportado grabados geométricos con motivos curvilíneos también del Valle de Cartago y del Valle Central (Hammett 1968: 11, 66, 83, 105; Hartman 1901: 186, fig. 479) no se conocen documentaciones sistemáticas de estas zonas.

También en la Cordillera de Talamanca Alta faltan investigaciones del arte rupestre. 48 de las 57 concentraciones registradas de la región del Pacífico Sur se encuentran en el Valle de El General. Este valle se extiende entre la serranía Fila Costeña y la Cordillera de Talamanca y está formado por el Río Grande de Térraba (Río Diquís) y el Río Coto Brus. Existen sitios con arte rupestre a lo largo de toda la cuenca (Osgood y Nakao 1972). Los lugares que se encuentran en los terrenos aluviales del Río Grande de Térraba (sitios Buenavista, China Kichá, Murciélagos, Curré, Territorio Indígena Curré) parecen vincularse con asentamientos de grupos precolombinos. Algunos sitios tienen una temática propia que se expresa por medio de una limitación de motivos o por la vinculación especial entre la representación iconográfica y su base material. El lugar

China Kichá tiene más de 15 piedras grabadas que muestran excepcionalmente una especie particular de motivos curvilíneos (Künne 2003: 98, 117). De los sitios Palmar Sur y Caracol (P-74Cc-4) se reportan grandes esferas con otros grabados curvilíneos en su superficie (Fig. 81) (Drolet 1984: 261; Hammett 1968: 70)¹. Cerca de San Vito de Java hay una roca grabada que estaba asociado con barriles de piedra decorados y con estatuas (Snarskis 1981:72; D. Stone 1977:105, fig. 147). La mayor concentración de piedras grabadas de toda la región se documentó en el Río Convento medio. La Finca Sonador (P-144Cv-1-4) y sus alrededores inmediatos tienen más de 60 piedras grabadas de cada tamaño. Sus decoraciones entrelazadas comprenden círculos, espirales, círculos concéntricos, meandros, escaleras y “cúpulas” (tacitas). Los motivos forman grandes composiciones iconográficas que cubren todo el lado superior de las piedras (Figs. 82a,b). Figuras antropomorfas y zoomorfas son raras. La única piedra con grabados laterales muestra tres cruces latinas, las cuales podrían ser interpretadas también como aves estilizadas (Hammett 1968: 134, 135). Los grabados se concentran en un antiguo rápido del río, en un vado y cerca de una fuente, los cuales marcan diferentes etapas del río. La cerámica encontrada indica una utilización del lugar entre 300 a.C. y 1550 d.C. (Koerner 1993: 1, 21; Künne 2003: 98-104, 266-268).

3.4 Planicies del Páramo

El páramo comprende todas las zonas montañosas a partir de una altitud de 3000 m.s.n.m.: las planicies de las colinas Irazú, Cuerizi, Chirripó, Ena, Eli, Durika, Utyum y Kamuk. Existen informes sobre piedras grabadas en el altiplano de Cuerizi (3394 m) que se encuentran en el camino antiguo de Sta. María de Dota al Valle de El General (Lothrop 1926: 444). Se han reportado tumbas, figuras de piedra y grabados rupestres del Río Volcán Alto cerca de la colina Ena (Lothrop 1926: 445). Piedras con formas de animales y de una canasta se relacionan con un sitio mítico (sulayöm) que se encuentra en el Río Lari Alto en la planicie del Kamúk (Bozzoli de Wille 1979: 167 ss.; Gonzáles y Gonzáles 1989: 131).

4. Pinturas rupestres

4.1 Cordillera

La Cordillera de Guanacaste es la única región costarricense de la cual se reportan pinturas y grabados pintados. Lothrop los anota del sitio Losfieros cerca de Bagaces

1 Se menciona otra esfera grabada más pequeña del sitio Platanillo (C-27) en el cantón Turrialba (Kennedy 1969: 191 s.).

(1926: 422). Stirling y Pugh mencionan pinturas rojas y grabados pintados de la cueva Las Tinajas (32 km al este de Liberia) y de un abrigo rocoso en la parte alta de una loma llamada Paso Hundido (5 km de Bagaces). Describen también un acantilado que se llama Mico Pintado y se encuentra a 11 km de Bagaces. Tenía figuras zoomorfas y antropomorfas pintadas en color rojo. Fueron destruidas a causa de un terremoto en 1941 (1977: 47 s., 113-115). Hammett investigó un abrigo de pequeña altitud en la hacienda Ahogados que está situado a 20 km al norte de Liberia. Sus representaciones rupestres comprenden motivos estilizados y geométricos: figuras antropomorfas sin caras, figuras avimorfas, una cabeza adornada, espirales, “cúpulas” (tacitas) pintadas y grupos de puntos. Unos antropomorfos tienen brazos extendidos con tres dedos. Los colores utilizados son rojo, blanco y negro. Se encuentran siempre en zonas separadas, solo raras veces el rojo está combinado con un trasfondo blanco. Hay figuras que tienen partes pintadas y partes grabadas. A menudo los grabados están llenados con pintura (Hammett 1967: 56 ss.). Otro abrigo con grabados rectilíneos y pinturas rojas y azules se encuentra en la Finca Escobio en la misma región (Hammett 1967: 173; D. Stone 1977: 80, fig.122). Debido a la existencia de grabados pintados en la Cueva de Piedra Pintada y en la Cueva de Los Sánchez (región Montelimar, Nicaragua) Coladán supone que también otros grabados costarricenses estaban pintados (Coladán 2000: 14).

5. Asociaciones arqueológicas

La documentación del arte rupestre de Costa Rica se concentra en las zonas de investigación arqueológica. Por eso no sorprende que su mayor parte se encuentre en el cuadrángulo Tucurrique (49 sitios), en el Valle de El General (48 sitios), en las cordilleras y llanuras de Guanacaste (35 sitios), en el Valle Central (12 sitios) y en la región de la Línea Vieja (5 sitios).

Todavía no hay dataciones directas. Las fechas publicadas se refieren principalmente a depósitos arqueológicos aledaños, los cuales no tienen necesariamente relación con los grabados o pinturas investigados. Por eso, las dataciones siguientes tienen un carácter provisional. De 108 de los 171 sitios con arte rupestre (63%) no se sabe nada de los materiales recuperados. Aunque se documentaron en Florencia-1, en Guardiría-2 (ambos en el Valle del Río Reventazón), en Los Terales (región Las Juntas) y en Negritos-1 (Islas Negritos) industrias líticas con una edad de aproximadamente 10.000 a.C., no se encontró arte rupestre asociado. Tampoco se lo conoce de los alrededores de concheros o de abrigos de las serranías altas. Se supone por eso que no hay arte rupestre precerámico en Costa Rica.

Todos los grabados y pinturas que poseen contextos arqueológicos están asociados a materiales del Formativo. En la región de Gran Nicoya se relaciona 13 de 22 concentraciones rupestres con depósitos del período de 300-800 d.C. Por el contrario, la mayoría de los sitios con contextos documentados de la región Pacífico Sur (21 de

31 sitios) se asocia al período 800-1550 d.C. Las fechas para 18 de 29 sitios asociados a materiales arqueológicos de la Vertiente Atlántica y de las Cordilleras Centrales comprenden todo el tiempo entre 300 a.C. y 1550 d.C.². A pesar de que los fechamientos registrados no permiten correlaciones concretas, se supone que las representaciones rupestres de Costa Rica son productos de sociedades agrícolas y de grupos con una economía mixta. No se conoce una iconografía particular de la costa, la cual podría indicar como autores a grupos de pescadores.

Asociaciones directas entre arte rupestre y contextos arqueológicos solo se reportan de cementerios y de centros políticos. Cementerios que tienen piedras grabadas se encuentran en Guachipelin (Pacífico Norte), Sta. María de Dota (Pacífico Central), Aguacaliente (Cordillera Central) o en Barú (Pacífico Sur) (Lothrop 1926: 425; Sajonia-Altenburgo 1959; Hartman 1901: 189, fig. 482; Künne 2003: 64, 197, 202 ss.). Piedras grabadas que estaban dentro de tumbas se reportan de La Zoila de Turrialba (Aguilar 1972: 39) y de Chinchilla (Fonseca y Watters 2001). En la tumba no. 20 del sitio La Zoila de Turrialba se documentó una pequeña piedra grabada que mostraba motivos curvilíneos. Estaba asociada a cerámica del tipo Turrialba Bicromo la cual se adscribe al período 1.000-1.300 d.C. (Aguilar 1972: 131, Snarskis et al. 1975: 90).

La mayoría de los grabados (90%) de la zona central de Guayabo de Turrialba estaba asociada con arquitectura monumental: 20 piedras grabadas se encontraban en la calzada vecina a la plataforma central, 2 se hallaban en montículos, 3 formaban parte de basamentos circulares, 2 se encontraban en murallas, 5 se relacionaban con canales, tanques de agua o pozos (Fig. 83). Su posición dentro de áreas de utilización secular puede indicar que servían como signos de rango, escudos de grupos sociales o límites de zonas de actividad. Los grabados de la estructura central estaban asociados con cerámica que se vincula con el período 1.000-1450 d.C. (Gómez, Acuña y Hurtado de Mendoza 1985: 90; Fonseca y Acuña 1986: 240 s.).

El sitio Rivas (SJ-148Rv) representaba entre 900 y 1500 d.C. un importante centro político del Valle de El General. Tiene 4 piedras grabadas que muestran representaciones de círculos, espirales y líneas ondulantes. Una piedra estaba situada dentro del anillo basal de una casa. Otra representación estaba asociada con una área de elaboración de herramientas (Quilter y Blanco 1992: 11, fig. 7, p. 15). A pesar de que el sitio comprende el cementerio más grande de toda la región, ninguno de sus grabados rupestres estaba asociado con este sector. Este hecho puede indicar que las creencias y actividades relacionadas con la manufactura de grabados rupestres no se vinculaban excepcionalmente con una élite social.

La mayoría del arte rupestre costarricense se relaciona con zonas sin estructuras arqueológicas, lo que dificulta su interpretación contextual. A menudo se encuentran motivos rupestres en cuencas fluviales o junto a antiguos caminos de intercambio. Del Pacífico Sur se reportan grabados de muchas rutas que atraviesan diferentes niveles

2 Todos los datos estadísticos y fechamientos se basan en las informaciones del "Banco de datos sobre sitios arqueológicos de Costa Rica" del Museo Nacional de Costa Rica (Vázquez et al. 1998).

de altitud y vinculaban la región con las zonas del Atlántico y la Cordillera Central. Del “Camino de los Indios” que conecta la parte norteña del Valle de El General con la cuenca del Río Pacuare se conocen grabados rupestres de Rivas, Chimirol, Canaán, Herradura, Ta’Lari, Platanillo y Eslabón (Quilter y Blanco 1995: 206 s.; Hammett 1967: 183; Hurtado de Mendoza y Gómez 1985; Kennedy 1969: 184-186, 191, 281; 1970: 51; Künne 2003: 38, 64 ss., 111; Nakao y Osgood 1972: cuadro 11). Los grabados del sitio Ta’Lari (UCR-282) difieren de otras representaciones iconográficas del sistema fluvial del Río Reventazón, lo cual se interpreta como indicador de unidades sociales y territoriales independientes (Hurtado de Mendoza y Gómez 1985: 82; Hurtado de Mendoza, Acuña, Castillo 1985: 99, 101). Otro camino de tránsito vinculaba la región de Buenos Aires (Valle de El General) con la costa pacífica y las llanuras atlánticas. Los indígenas Bribrí y Cabécar utilizaron esta ruta hasta la mitad del siglo XX para intercambiar sal y materiales colorantes con los Brunca (D. Stone 1949: 24, 1961: 92). Grabados rupestres se conocen de los sitios Guanacaste, Sta. Cruz y Térraba. Aunque se reporta de San José Cabécar la utilización ritual de una cueva (Bozzoli de Wille 1982: 167; González y González 1989: 44), no se menciona arte rupestre del lado atlántico. La piedra más conocida de la zona del Pacífico Sur se encuentra cerca de Térraba y es llamada “Mano de Tigre”. Está vinculada con un mito indígena que menciona un viaje mítico sobre la Cordillera de Talamanca. Se dice que los antepasados de los Térraba y Brunca se convirtieron, en los alrededores de la roca, de un grupo de chanchos de montes y monos en hombres. Según este mito, un jaguar dejó la huella de una de sus patas en la piedra para marcar el evento (D. Stone 1961: 136). Los indígenas ponían pequeñas ofrendas cerca de la piedra hasta los años 60 del siglo XX, pero solamente se puede reconocer perforaciones naturales. Por el contrario, las piedras grabadas en los alrededores no recibían ninguna atención.

Muchos grabados están situados en lugares particulares (pasos, colinas, rápidos, cascadas, fuentes, desembocaduras) los cuales estructuran el espacio geográfico. 4 de los 5 paneles del sitio La Española (Pacífico Norte) se encuentran en los acantilados vecinos a los rápidos del Río Colorado (Meighan 1995: 99). El sitio Sta. Rosa (Pacífico Norte) permite una vista amplia al Lago de Nicaragua. Del Río Sonador (Pacífico Sur) se conocen grabados rupestres de su desembocadura en el Río Grande de Térraba (Künne 2003: 64, 206, mapa 7).

6. Regiones estilísticas

El arte rupestre costarricense tiene una gran homogeneidad en técnicas de manufactura, en motivos y estilos. Casi todos los grabados están situados en rocas volcánicas. Consisten de andesita (Ta’Lari), granodiorita (Finca Sonador), diorita (Río Reventazón), granito o basalto (Río Reventazón). Una parte menor se encuentra en caliza (La Española, Río Colorado) o arenisca (Miravalles, Valle de El General, Fig. 88). Los motivos han sido cincelados (Kennedy 1970: 49, 56) o golpeados (Bonilla 1974:

322; Snarskis 1974: 85) y forman relieves bajos. En la Finca Sonador, su proceso de manufactura comprendía la incisión, el marcado por medio de puntos cincelados, la elaboración de líneas paralelas las cuales consisten de puntos cincelados (Fig. 84), el golpeado de sus puentes y el alisar de la línea resultante (Künne 2003: 88 s.). Representaciones completas incisas solo se conocen en arenisca, lo cual puede reflejar las características del material. Todos los grandes complejos geométricos muestran diferentes profundidades y anchuras, lo que puede significar su elaboración por diferentes personas. No se conocen representaciones superpuestas. El sitio El Alto de Petroglifos (P-167EAP) tiene un grabado geométrico que se extiende sobre dos capas diferentes de la misma piedra. La ruptura en la superficie divide también diferentes zonas iconográficas lo cual puede mostrar que los artistas no trataban de sobreponer motivos adicionales sino que querían perfeccionar la decoración ya elaborada.

En todas las regiones y los niveles de altitud del país predominan motivos abstractos universales, lo que hace difícil establecer elementos diagnósticos. Representaciones figurativas solo aparecen raras veces y se concentran en piedras, rocas o acantilados particulares. Las convenciones estilísticas dan la impresión de una lengua formal básica que se extendía por todas las regiones y los niveles de altitud. Puede indicar que grupos con diferentes estrategias de adaptación a las condiciones naturales compartían un mismo sistema iconográfico. Las características estilísticas de los grabados comprenden la multiplicación de una forma por repetición concéntrica, división o posición frente a frente; los contornos simples (una sola línea) de motivos figurativos (con excepción de un motivo en el sitio Guardiria-1); la ligazón estrecha entre elementos figurativos y su vista; la falta de entrelazamientos entre motivos figurativos (con la excepción de los sitios La Dibujada-1, Guardiria-1 y San Pedro de Zeledón) y la escasez de escenas.

Círculos y cruces se repiten a menudo por su multiplicación concéntrica. Por el contrario, lenguas y colas de animales pueden repetirse por su división (Guayabo de Turrialba, La Española). Jaguares, caras o aves opuestos se documentaron cerca de Tucurrique (Acuña 1980: 50, fig. 2) y en La Española (Meighan 1995: 104, fig. 4; p. 105). El cuerpo de mamíferos aparece siempre en vista lateral con cabeza frontal. Los reptiles se elaboraron al contrario vistos de arriba. Mientras que las representaciones zoomorfas siempre tienen un cuerpo completo, los motivos antropomorfos se realizaron a menudo con menos cuidado. Muchas veces se los redujo a sus cabezas, las cuales representan el motivo figurativo más común. Pueden indicar una función simbólica del arte rupestre costarricense, la cual niega características individuales o históricas.

La región del Pacífico Norte tiene, fuera de esta gran tradición compartida por todas las regiones costarricenses, otra expresión formal. Parece vincularse con convenciones iconográficas de Mesoamérica. Está caracterizada por un porcentaje más alto de representaciones figurativas y por la utilización de elementos rectangulares. A menudo aparecen seres antropomorfos con cuerpo completo y dos cabezas opuestas. Al contrario, en la región del Pacífico Sur se notan fuertes relaciones iconográficas con la región occidental de Panamá. Ambas zonas poseen cruces latinas con línea bordeada (sitios Finca Monte Alegre, La Dibujada, Sta. Cruz, Remedios) y máscaras

detalladas de tapires o venados (sitios Sta. Cruz, Caldera) (Figs. 85b y 86). Su arte rupestre se caracteriza por la separación de motivos figurativos y complejos geométricos (sitios Finca Sonador, El Alto de Petroglifos; Caldera, Nancito, Quebrada de Piedras). La región central de Costa Rica parece formar una zona de intercambio cultural. Sin embargo allí se utilizaba la misma expresión formal como en las regiones sureñas no se puede observar la separación estricta entre motivos figurativos y geométricos. Representaciones de jaguares se combinan con motivos de lagartos que son mucho más abundantes en objetos arqueológicos de la región Gran Chiriquí. Todas las características regionales varían más por la cantidad porcentual de motivos y convenciones diagnósticas que por una propia expresión formal.

En San Pedro de Zeledón (SJ-362SP-6) se encuentra en el lado oriental de una roca alta una de las raras representaciones escénicas (Richards y Bozzoli de Wille 1964: 143, no.4; Künne 2003: 130 ss.). En sus partes superiores y centrales aparecen 11 grandes mamíferos corriendo (venados o tapires o chanchos de monte). Están acompañados por semicírculos concéntricos con rayos externos y por un mono (Figs. 87a,b). En la parte baja de la representación aparecen 7 pequeñas figuras antropomorfas. Se organizan en dos bandas horizontales y están entrelazadas por líneas. Hay figuras masculinas y figuras sin rasgos sexuales (Fig. 87c). Están asociadas con otro mono. Al borde derecho de la pared rocosa se encuentra una gran figura antropomorfa invertida. Eleva sus brazos y parece caer del nivel de los animales grandes a la zona de los antropomorfos pequeños. Al borde izquierdo se encuentran en la misma altitud una mano y un pie grabados. Parecen hacer contacto con las uñas de un animal grande (Fig. 87d). En su vecindad aparece una figura antropomorfa con acentuados rasgos sexuales. Además se puede ver cuatro caras redondas distribuidas por toda la representación. Probablemente se quiere expresar una fuerte relación entre animales escogidos y hombres. Una visión similar tienen los Bribri que se dividieron en clanes, los cuales se identificaban con monos, jaguares o tucanes (Bozzoli de Wille 1979: 41 ss.). Parece que toda la composición narra la historia de una transformación que representa tal vez una versión del mito de la mujer que quedó embarazada por un puntapié de las uñas de un venado.

7. Historia de investigación y enfoques interpretativos

La investigación e interpretación del arte rupestre de Costa Rica están estrechamente vinculadas con el desenvolvimiento teórico dentro de la antropología y la arqueología. Las primeras informaciones de grabados rupestres y pinturas provienen de viajeros de finales del siglo XIX (Fewkes, Flint, Frantzius) y de científicos de principios del siglo XX (Alfaro, Hartman, Lehmann, Pittier). Mencionan representaciones rupestres solo al margen de sus textos (Lothrop 1926: 94 ss., 286, 421 ss.) y las entienden a menudo como expresión de un estado inicial del desarrollo cultural de los grupos precolombinos (Sapper 1900b [1902]: 259). Las investigaciones arqueológicas de las siguientes décadas se concentraron casi exclusivamente en objetos. Su objetivo principal era el

enriquecimiento de las colecciones de museos y descuidaron la documentación del arte rupestre. Desde los años 50 (Sajonia de Altenburgo 1959) hasta la mitad de los años 70 (Aguilar 1974) del siglo XX se publicaron algunos textos descriptivos (Bonilla 1974, Stirling y Stirling 1977) que surgieron como producto lateral de investigaciones arqueológicas (Norr 1978, 1980). Por la falta de informaciones históricas se supone a menudo un significado religioso (sacrificios, culto de trofeos de cabeza) de las representaciones encontradas (D. Stone 1968:37). Al mismo tiempo aparecieron los primeros resúmenes del arte rupestre costarricense. En 1968 Hammett compiló el único inventario con una perspectiva transregional. Comprende 71 sitios con motivos rupestres que se encuentran en todas las regiones del país. Osgood y Nakao escribieron en 1972 un resumen del arte rupestre del Valle de El General. Tanto el trabajo importante de Hammett como el texto de Osgood y Nakao han quedado inéditos. Con las primeras investigaciones procesuales se interpretaron las manifestaciones rupestres como medios de manejo del ambiente natural y social. Kennedy documentó en el Valle del Río Reventazón 17 sitios con arte rupestre que se encuentran en diferentes zonas ecológicas (1969, 1970, 1973). Snarskis et al. (1975), Acuña (1981, 1985a, b, c) y de Mendoza et al. (1985) trataron de explicar representaciones rupestres por su posición y utilización dentro de contextos locales. Fonseca y Acuña (1980) elaboraron para el sitio Guayabo de Turrialba el primer modelo de análisis iconográfico. Fue modificado más tarde por Hurtado de Mendoza et al. (1985) y por Zilberg (1986a, b) para la descripción de grabados rupestres del sitio Ta'Lari y del Valle de El General. Algunos investigadores trataron de verificar la tesis de que sociedades complejas utilizan también sistemas iconográficos complejos mientras que comunidades menos desarrolladas utilizan imágenes más simples. Se trató de explicar iconografías rupestres como una necesidad social y se las interpretó como marcadores de fronteras sociales, territoriales o ideológicas (Fonseca y Acuña 1982: 244 s.; Hurtado de Mendoza et al. 1980: 82, 89; Zilberg 1986b: 347 s.). Los enfoques subestiman, sin embargo, la dinámica propia de fenómenos culturales y no pueden explicar por qué sociedades muy complejas tienden a comunicarse mediante sistemas iconográficos muy reducidos.

Las documentaciones de los pasados quince años se concentraron en la Cordillera de Guanacaste (Meighan 1988, Chaves Jiménez 1989, Hardy y Vázquez 1993) y en el Valle de El General (Quilter y Blanco 1992, Koerner 1993, Künne 2003). En el Valle de El General se realizaron también una serie de estudios estudiantiles bajo la dirección de la arqueóloga Blanco (Langness 1993, Gerhardt 1995, Swearingin 1993). Künne combina informaciones geográficas, arqueológicas y etnográficas de la región del Pacífico Sur para reconstruir los contextos y significados perdidos de grabados rupestres de la Finca Sonador. Relaciona motivos rupestres con representaciones que aparecen en objetos de culturas precolombinas (cerámica, objetos de oro, objetos de piedra verde) o en objetos de grupos indígenas contemporáneos (bastones de curación, postes de casas tradicionales). Trata de esta manera de excluir interpretaciones imposibles y menos probables. Su trabajo quiere mostrar que tampoco en contextos "originales" no había significados singulares de representaciones rupestres. Porque significados solo se establecen dentro de una situación social siempre hay interpretaciones latera-

les que compiten con el entendimiento principal. De esta manera un solo motivo permite diferentes interpretaciones las cuales dependen tanto de la situación de su utilización como de intenciones individuales (2003: 26 s., 139 s., 146).

Estudios contemporáneos pueden basarse en amplias informaciones contextuales que permiten interpretaciones más informadas que las de comienzos del siglo XX. Pueden cuestionar el grado de objetividad de documentaciones arqueológicas y refuncionalizar el arte rupestre a base de interpretaciones revisables y criticables. Para que no se llegue a conclusiones arbitrarias, se precisa trabajos que conecten documentaciones arqueológicas con clasificaciones iconográficas e interpretaciones contextuales. Desafortunadamente los trabajos analíticos de Acuña, Hurtado de Mendoza y Zilberg no han sido continuados por investigaciones parecidas. Aunque la Universidad de Costa Rica ofrece una formación arqueológica, no se realizan cursillos de arte rupestre.

Vázquez, Hardy y Quilter vincularon sus documentaciones arqueológicas con medidas protectoras de las representaciones rupestres. En 1995 el Ministerio de Protección Ambiental y Energía (MINAE) declaró al sitio El Farallón en Sandillal (Pacífico Norte) Monumento Nacional. Por el contrario, los planes de Hardy y Vázquez para la instalación de un parque arqueológico en el sitio Pedregal (Pacífico Norte) desaparecieron en las cajones de la burocracia. Desde 1996 la asociación “Piedras Vivas” trata de estimular la documentación científica del arte rupestre costarricense.

8. Conclusiones

El arte rupestre de Costa Rica consiste principalmente en grabados que se encuentran en todas las regiones naturales. Como no se conocen asociaciones directas con contextos precerámicos, se lo vincula con grupos indígenas del Formativo. Las representaciones muestran una gran homogeneidad cultural que tiene vinculaciones estilísticas con la región pacífica de Nicaragua y de Panamá. Aunque Costa Rica tiene un registro arqueológico digitalizado que permite también informaciones contextuales de su arte rupestre, faltan estudios modernos que vinculen diferentes niveles de análisis.

Agradecimientos

Agradezco a la Comisión Nacional Arqueológica que me permitió la documentación de testimonios del arte rupestre costarricense. En la misma medida estoy agradecido al Museo Nacional de Costa Rica y a su directora Melania Ortiz Volio por posibilitarme la utilización del “Banco de datos sobre sitios arqueológicos de Costa Rica”. A Aida Blanco, Francisco Corrales y Matthias Strecker agradezco por su lectura crítica del aporte presentado.

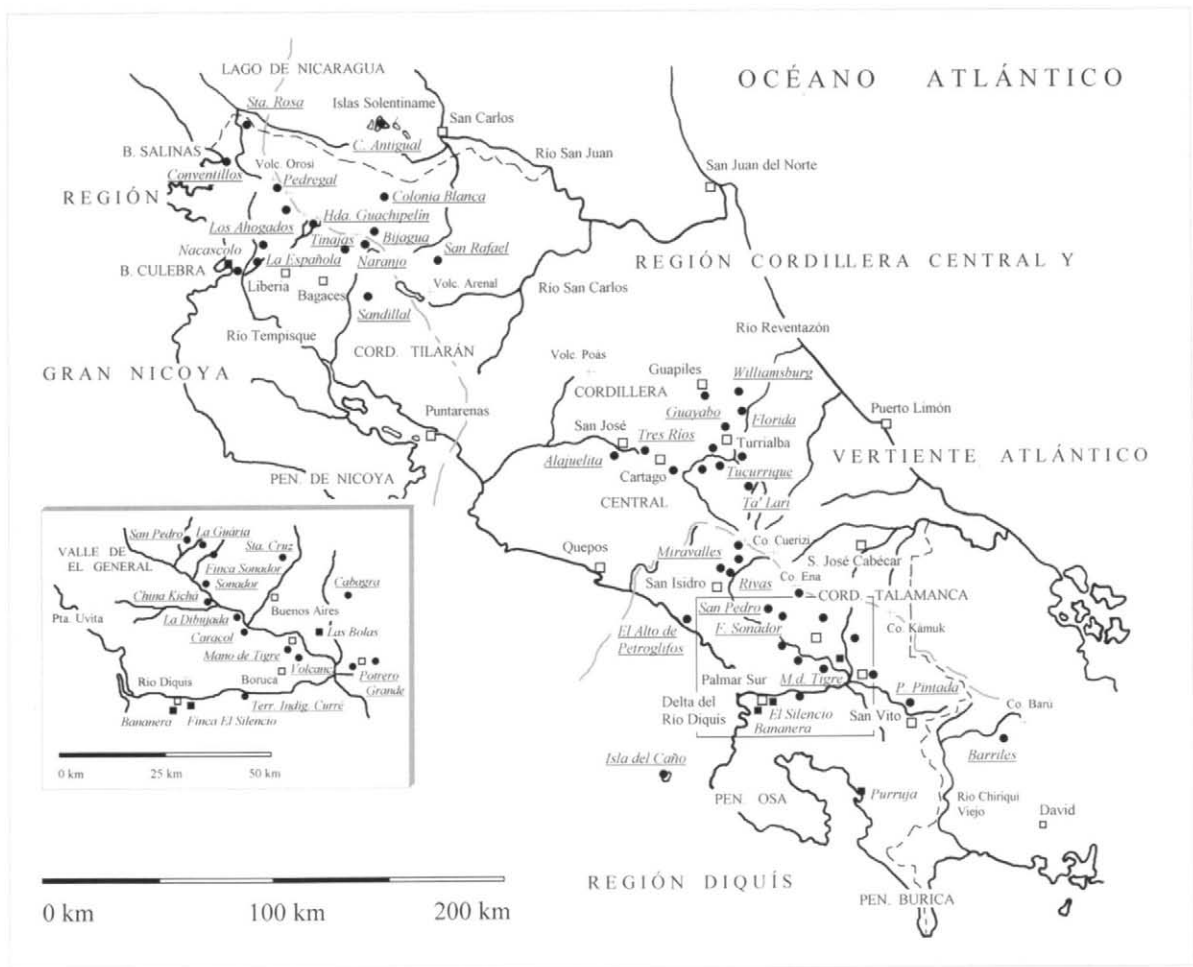


Fig. 78: Mapa de Costa Rica: ubicación de sitios de arte rupestre.

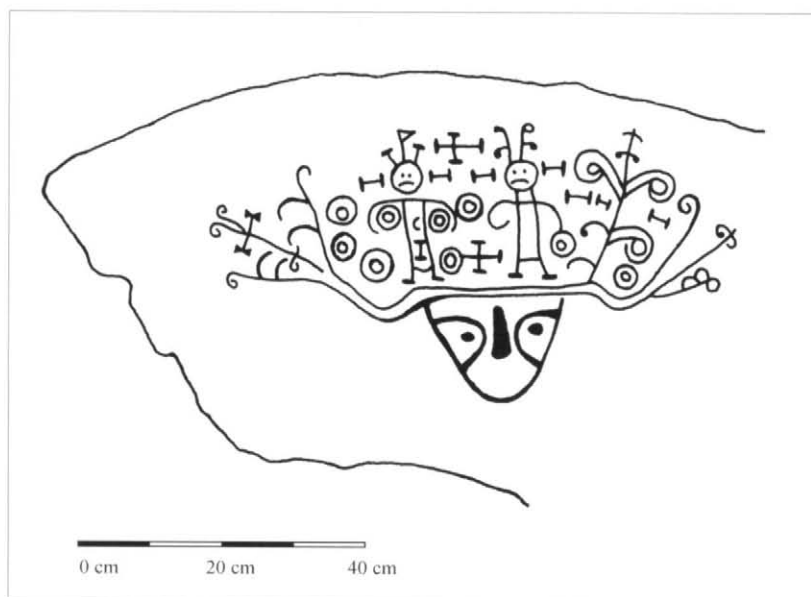


Fig. 79: Grabado rupestre del sitio Pedregal (Pacífico Norte, G-540Pd). Cabeza humana decorada con figuras antropomorfas. Dibujo basado en una fotografía de Ellen Hardy.

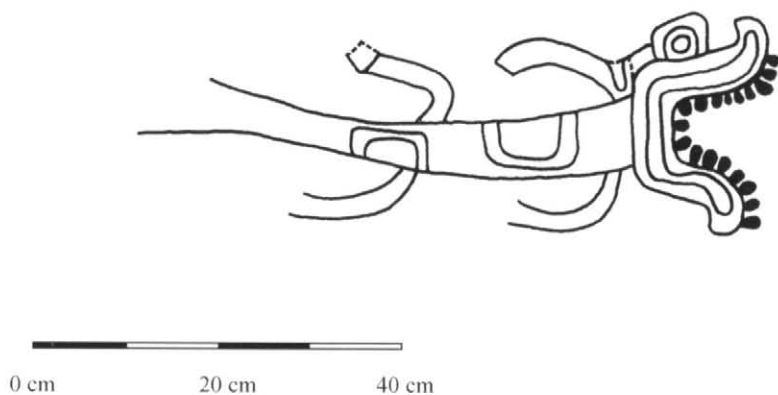


Fig. 80: Grabado rupestre del sitio Pedregal (Pacífico Norte, G-540Pd). Reptil con boca abierta. Dibujo basado en una fotografía de Ellen Hardy.



Fig. 81: Roca grabada de la cuenca media del Río Reventazón. Dibujo de Víctor Acuña (1985a: 50, fig. 2).



Fig. 82: Esfera grabada. El objeto procede de la región Pacífico Sur. Actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Costa Rica. No se conoce su contexto arqueológico.



Fig. 83: Composiciones geométricas complejas de la Finca Sonador (P-144 Cv-1-4). Fotografía de la roca no. 1 (según Künne 2003: 213, foto 2).

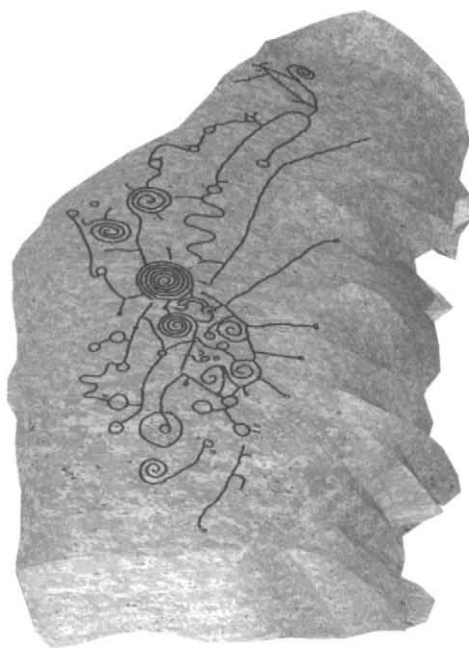


Fig. 84: Composiciones geométricas complejas de la Finca Sonador (P-144 Cv-1-4). Modelo digital de la roca no. 25 (según Künne 2003: 247, fig. 26).



Fig. 85: Piedra grabada en la calzada del sector central de Guaya-
bo de Turrialba (UCR-43).

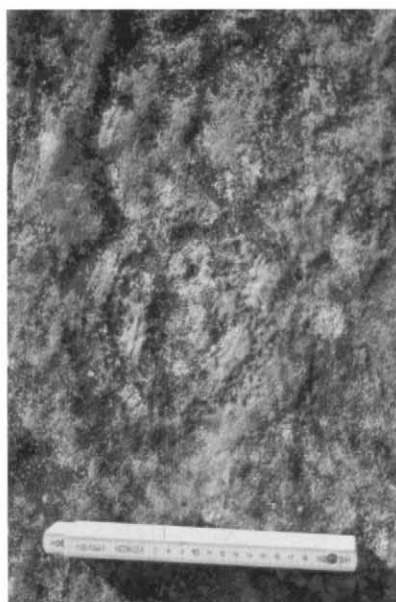


Fig. 86: Motivo cincelado y no terminado del
sitio Finca Sonador (P-144Cv-1-4). Se-
gún Künne 2003: 220, foto 16.



Fig. 87a: Vistas diferentes de la roca grabada del sitio La Dibujada, Pacífico Sur (P-204Di-1). Monos o seres humanos que bailan.



Fig. 87b: La Dibujada, Pacífico Sur (P-204Di-1). Motivos dañados por pintura blanca (según Künne Künne 2003: 222, foto 19).

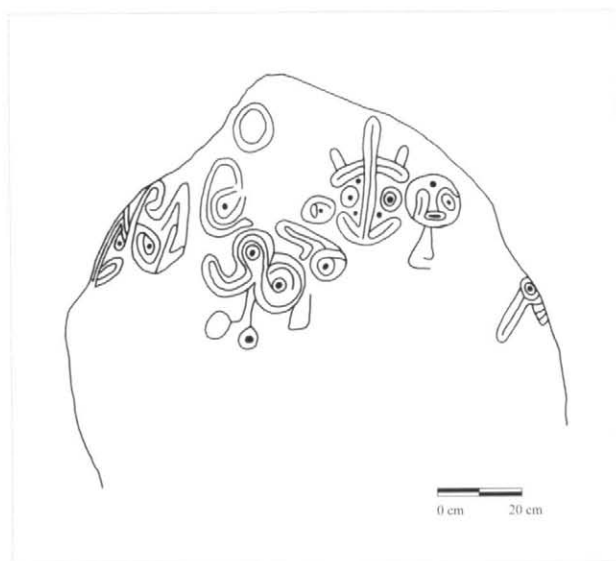


Fig. 88: Máscaras grabadas en una roca del territorio indígena de Ujarrás (sitio Sta. Cruz: P-202SC-1).

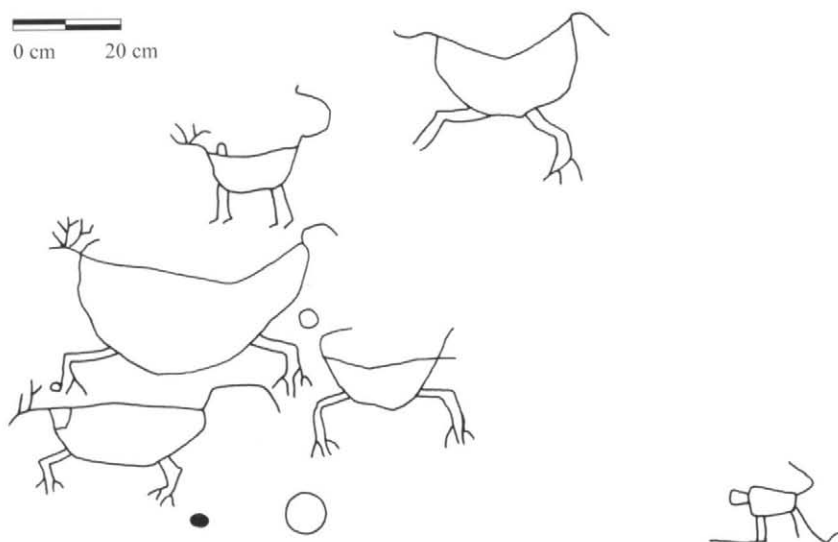


Fig. 89a: Complejos y motivos individuales, grabados en la roca de San Pedro de Zeledón (Valle de El General, SJ-362SP-6). Mamíferos corrientes.

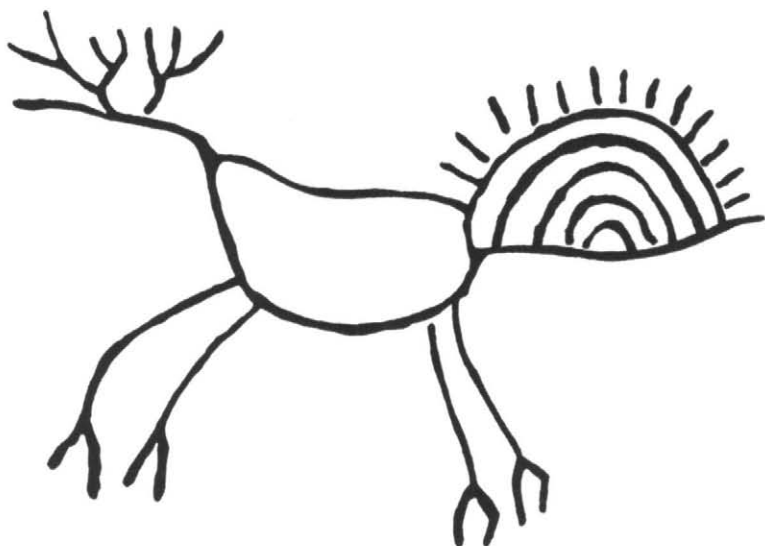


Fig. 89b: Complejos y motivos individuales, grabados en la roca de San Pedro de Zeledón (Valle de El General, SJ-362SP-6). Ser zoomorfo con semicírculos concéntricos.



Fig. 89c: Complejos y motivos individuales, grabados en la roca de San Pedro de Zeledón (Valle de El General, SJ-362SP-6). Seres antropomorfos.

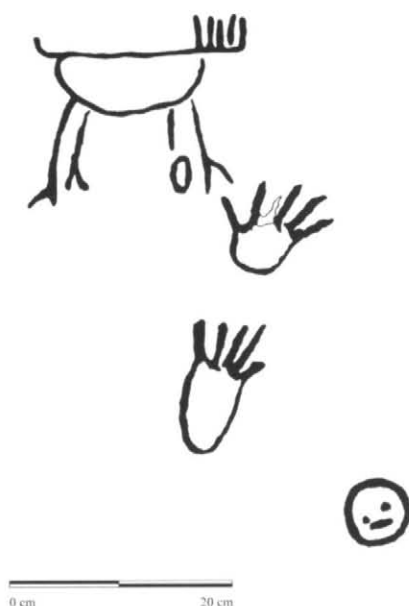


Fig. 89d: Complejos y motivos individuales, grabados en la roca de San Pedro de Zeledón (Valle de El General, SJ-362SP-6). Una mano y un pie grabados que parecen tocar a un mamífero.



Fig. 90: Roca arenisca con motivos grabados que están afectados por descomposición natural. Sitio Miravalles, Valle de El General, Pérez Zeledón.